

CARTAS DE CLEMENTE A LOS VÍRGENES

Anónimo

(Escritas durante la primera mitad del Siglo III)

INTRODUCCIÓN

Además de la carta primera a los corintios, única que se puede considerar de autoría de San Clemente Romano, tenemos, junto con la carta segunda a los corintios, otras dos cartas sobre la virginidad, dirigidas a personas célibes de ambos sexos, que han llegado hasta nosotros, también, bajo el nombre de Clemente.

De hecho, estas dos últimas cartas pertenecen a la primera mitad del siglo III y se hace mención de ellas, por primera vez en la literatura, en los escritos de Epifanio (Haer. 30,15) y de Jerónimo (Adv. Iovin. 1,12).

El texto original griego se ha perdido, a excepción de unos pocos fragmentos hallados en el Πανδέκτης τῆς ἀγίας γραφῆς del monje Antíoco de S. Sabas (ca.620). Sin embargo, las dos epístolas se han conservado íntegramente en su versión siríaca, hallada en 1470 en un manuscrito de la versión Peshitta del Nuevo Testamento. Tenemos, además, la traducción copta de los capítulos 1-8 de la primera carta, que menciona a Atanasio como su autor. En realidad, las dos cartas constituyen una sola obra que, andando el tiempo, fue dividida en dos.

La primera epístola empieza con instrucciones sobre la naturaleza y significado de la virginidad. El autor considera la continencia como algo divino: es, según él, una vida sobrenatural, la vida de los ángeles. El célibe y la virgen se han revestido, en verdad, de Cristo. Son imitadores de Cristo y de los Apóstoles; solo en apariencia son de la tierra. En el cielo tienen derecho a un lugar más elevado que el resto de los cristianos. Con todo, el autor recalca con fuerza que la virginidad, por sí sola, sin las correspondientes obras de caridad, como, por ejemplo, el cuidado de los enfermos, no garantiza la vida eterna. Se muestra enterado de los abusos que existían entre sus destinatarios y se siente obligado a recordar que la vida de virginidad impone responsabilidades particularmente serias a los que la abrazan. Exhorta, amonesta y no duda en reprender severamente. La obra termina (c.10-13) dando algunas instrucciones contra la vida en común de los ascetas de ambos sexos y deplorando los males de la ociosidad. No tiene, sin embargo, conclusión propiamente dicha.

La segunda carta comienza exabrupto, sin introducción alguna y prosigue en el mismo

tono que la primera. Continúan las amonestaciones, sin que pueda apreciarse ninguna discontinuidad de pensamiento. El escritor pasa luego a la descripción de las costumbres y leyes vigentes entre los ascetas de su patria, cita muchos ejemplos de la Biblia y como conclusión, señala el ejemplo de Cristo.

Como se desprende claramente del resumen que precede, el autor se opone vigorosamente a los abusos de las syneisaktoi, es decir, de las llamadas virgines subintroductae; en otras palabras, ataca la vida en común, bajo un mismo techo, de ascetas de ambos sexos. Dado que los reparos contra esta curiosa costumbre empezaron a formularse en la literatura eclesiástica hacia la mitad del siglo III, es legítimo concluir que estas dos cartas pertenecen igualmente a esta época.

Parece que el escritor era originario de Palestina; no se revela su nombre. Pero la obra induce a creer que su autor debía de ser un asceta prominente y muy respetado.

Las dos epístolas tienen gran valor, por ser una de las fuentes más antiguas para la historia del ascetismo cristiano primitivo.

Fuente

Prof. Johannes Quasten. Patrología I.
Biblioteca de Autores Cristianos. 3a. Edición. Madrid. 1978. Págs. 67-68



CARTA PRIMERA

I. Saludo

A todos los que aman y estiman su vida en Cristo por Dios Padre y obedecen a la verdad de Dios en la esperanza de la vida eterna (Tt 1,2) y aman a sus prójimos en el amor de Dios, a los bienaventurados hermanos vírgenes [eunucos] por el reino de los cielos (Mt 19,12) y a las hermanas vírgenes santas, sea la paz que está en Dios.

II. Fe y práctica

1. Quien verdaderamente se castró a sí mismo por el reino de los cielos (Mt 19,12), o se ha propuesto guardar la virginidad, debe mostrarse digno en todo momento del reino de los cielos.

2. Porque no se obtiene el reino de los cielos por elocuencia, o por la apariencia exterior, o por el nombre o por la raza, o por la hermosura o la fuerza, o por largo tiempo de vida, sino por la robustez de la fe. En efecto, el justo anunciará claramente su fe manifiesta, [como lo ha dicho Salomón] (Pr 12,17); pues el que verdaderamente es justo por la fe (Rm 1,17), tiene una fe clara (Ga 5,6; Flm 6), una fe creciente (2 Co 10,15), una fe llena de seguridad (Rm 4,21; Hb 10,22), una fe en Dios, fe que brilla en las buenas obras, a fin de que sea glorificado el Padre del Universo (Mt 5,16) por Cristo (1 P 2,12).

3. Así pues, quienes son de verdad [eunucos] y vírgenes por amor de Dios, obedecen a Aquel que dijo: “No te falten las limosnas y la fe; átalas a tu cuello y hallarás misericordia; y medita el bien delante de Dios y delante de los hombres” (Pr 3,3).

4. “Las sendas de los justos brillan como la luz y su resplandor va creciendo hasta que el día llega a su plenitud” (Pr 4,18). Y en verdad, los rayos de la luz de ellos ahora iluminan a todo el mundo por medio de sus buenas obras, de suerte que realmente son la luz del mundo (Mt 5,14) que brilla para los que están sentados en las tinieblas (Mt 4,16; Lc 1,79; Is 9,2), a fin de que se levanten y salgan de aquellas tinieblas con la ayuda de la luz de las buenas obras de la piedad, para que vean nuestras buenas obras y glorifiquen al Padre celestial (Mt 5,16).

5. Porque es menester que el hombre de Dios sea perfecto en todas sus palabras y obras (2 Tm 3,17; 1 Tm 6,11) y que haga todo con decoro y en orden (1 Co 14,40).

III. Belleza de la vida ascética

1. Son, en efecto, los vírgenes de uno y otro sexo un bello ejemplo para los que ya son

creyentes y para los que han de serlo en lo futuro. Ahora bien, el mero nombre, sin obras, no nos introducirá en el reino de los cielos, sino que solo se salvará el que fuere creyente de verdad. Pues si alguien se llama solo de nombre creyente, pero no lo es en las obras, ese no puede ser realmente creyente.

2. Por lo tanto, “que nadie los engañe con palabras vanas y erróneas” (Ef 5,6). Porque tener el nombre de virgen y no poseer las virtudes inherentes, propias y adaptadas a una virgen, 3. a una virginidad así la llamó nuestro Señor necia, la cual, por no tener aceite ni luz (cf. Mt 25,2-12), fue dejada fuera del reino de los cielos, se la excluyó del gozo del esposo y fue contada entre los enemigos del mismo esposo. Y es que en semejante género de vida no hay sino una apariencia de piedad; “pero reniegan de la virtud de ella” (2 Tm 3,5). “Se tienen a sí mismos por algo, siendo así que no son nada y yerran. 4. Así, examine cada uno sus obras” (Ga 6,3-4) y se conozca a sí mismo. Porque todo el que profesa la virginidad y la temperancia, pero reniega de las obras de ella (2 Tm 3,5), tributa a Dios un culto vano (St 1,26). Porque tal virginidad es inmunda y rechazada de entre todas las obras buenas. En efecto, “cada árbol se ha de conocer por sus frutos” (Mt 12,33; Lc 6,33).

5. Atiende a lo que te digo: “Dios te dará inteligencia” (2 Tm 2,7). Quienquiera que promete ante Dios guardar la castidad, ha de ceñirse (1 P 5,5) con el casto temor del Señor (Sal 18,18).

6. Y aquel que por verdadero temor de Dios crucifica su cuerpo (Sal 118,120), como si estuviera clavado, por causa del temor del Señor ha de rehusar también a lo que dijo la Escritura: “Crezcan y multiplíquense” (Gn 1,28). Renuncia, pues, a ser hombre en este aspecto y reniega de las preocupaciones, apariencias, seducciones y placeres del mundo; de las comilonas y embriagueces y de todas las confusiones de Babilonia y de todos los negocios seculares; renuncia al mundo, a sus redes, lazos y trampas; y, caminando sobre la tierra, ama tener su ciudadanía en los cielos (Flp 3,20).

IV. Premio especial reservado a los vírgenes

1. Así, aquel que aspira a los bienes superiores (Hb 11,16), renuncia por ellos a todo el mundo y se separa de él, para vivir en adelante, como los santos ángeles, vida divina y celestial, angélica; una religión pura (St 1,27), inmaculada y santa en el Espíritu de Dios; para servir a Dios omnipotente por medio de Jesucristo por amor del reino de los cielos (Mt 19,12).

2. Por esta causa, no rehúsa solo a aquel “crezcan y multiplíquense” (Gn 1,28), sino que desea la esperanza prometida, preparada y puesta en los cielos para él (Col 1,5; 1 P 1,4) por

Dios, que la prometió y que no miente (Tt 2). Él, en efecto, le ha prometido lo que es más excelente que los hijos y las hijas: que a los eunucos y a las vírgenes les daría un lugar preclaro en la casa de Dios, lugar que será cosa más excelente que los hijos y las hijas (Is 56,5) y más sublime que el lugar de aquellos que vivieron en casto connubio y cuyo lecho haya sido inmaculado (Hb 13,4). Es decir, a los eunucos y a las vírgenes, por esa sublime y heroica profesión, les dará Dios el reino de los cielos (Mt 19,12), como a los santos ángeles (Mt 22,30).

V. Dificultad de este género de vida

1. Ahora bien, tú deseas ser virgen. Pero, ¿te das cuenta de cuánto esfuerzo, penas y tormentos exige la verdadera virginidad, aquella que constantemente permanece delante de Dios con perseverancia y no se aparta de él y está solícita de cómo pueda agradar a su Señor con cuerpo y espíritu castos? (1 Co 7,32-34).

2. ¿Te has dado cuenta de cuán grande gloria compete a la virginidad y por eso haces esto? ¿Te das cuenta y entiendes a lo que aspiras? ¿Tienes conciencia de los sublimes deberes de la santa virginidad? ¿Has aprendido, pues esto eliges por la fortaleza del Espíritu, a luchar como un atleta siguiendo las reglas (2 Tm 2,5), para conseguir el trofeo que has elegido y ser coronado y que te lleven triunfante en la Jerusalén de arriba (Ga 4,26)?

3. Ahora bien, si todo eso deseas, vence a la carne y sus aspiraciones (Rm 8,6), vence al mundo por el Espíritu de Dios, vence estas vanas cosas del siglo presente, que pasan, se deshacen, se corrompen y acaban; vence al dragón (Ap 12,9), vence al león (1 P 5,8; 2 Co 11,3), vence a la serpiente (2 Co 11,3), vence a Satanás por medio de Jesucristo que te ha de robustecer por la audición de sus palabras y siendo gratos a Dios. [Otra lectura: por la audición de sus palabras y por la divina Eucaristía].

4. Toma tu cruz y sigue (Mt 16,24) al autor de la victoria, a Jesucristo, tu Señor. Esfuérzate por correr (1 Co 9,24) derecha y confiadamente; no cobarde, sino animosamente, apoyado en la esperanza de tu Señor, para recibir el premio de la vocación de lo alto (Flp 3,14) en Cristo.

5. Y así, quien corre con perfecta convicción y no al azar (1 Co 9,26), este es el que recibe la corona del renunciamento y de la castidad, la cual, así como es cosa de gran trabajo, así tiene también reservado grande galardón. ¿Comprendes ahora y te das cuenta de cuán honrosa cosa sea la castidad? ¿Comprendes cuán excelente sea la gloria de la virginidad?

VI. Ejemplos bíblicos

1. El seno de la santa Virgen concibió a nuestro Señor Jesucristo, el Verbo de Dios y el cuerpo que nuestro Señor llevó, con el que Él cumplió su combate en este mundo, lo revistió recibéndolo de la santa Virgen y después que nuestro Señor se hizo hombre en el seno de la Virgen, este género de vida estableció en este mundo. De ahí has de entender la gloria de la virginidad. ¿No quieres tú ser cristiano? Pues imita a Cristo en todo.

2. Juan, el Precursor que vino delante de nuestro Señor (Jn 1,15), “mayor que el cual no hubo entre los nacidos de mujeres” (Mt 11,11), el santo mensajero de nuestro Señor, fue virgen. Imita entonces a ese precursor del Señor y sé en todo su amigo.

3. Luego Juan, el que descansó sobre el pecho de nuestro Señor, a quien el Señor mucho amaba (Jn 21,10; 13,23), este fue también casto; y no sin causa, nuestro Señor le amaba particularmente.

4. Pablo, Bernabé y Timoteo, con todos los otros, “cuyos nombres están escritos en el libro de la vida” (Flp 4,3), todos estos estimaron y amaron la castidad; y corrieron en la misma competición y terminaron su carrera (2 Tm 4,7) sin mancilla, como imitadores de Cristo y como hijos del Dios viviente.

5. Pero además hallamos que Elías, Eliseo y muchos otros, llevaron una vida semejante, casta e irreprochable. Así pues, si deseas ser semejante a estos, imítalos con fortaleza, porque está escrito: “Honren a sus mayores y viendo su género de vida, imiten su fe” (Hb 13,7). Y otra vez dice: “Hermanos, sean imitadores míos, como yo lo soy de Cristo” (1 Co 11,1; 4,16).

VII. Virtudes necesarias

1. Así pues, aquellos que imitan a Cristo, valerosamente le imitan. Porque los que de verdad se revistieron de Cristo (Rm 8,29; 2 Co 3,8), reproducen plenamente en ellos (Ga 4,19) la imagen de Cristo en sus pensamientos, en su género de vida, en su conducta, en su resolución, en sus palabras, sus acciones, por su paciencia, fortaleza, prudencia, temperancia, justicia, longanimidad, perseverancia, piedad, santidad, dominio de sí, fe, esperanza y un amor perfecto hacia Dios.

2. Por eso nadie, eunuco o virgen, podrá salvarse, si no es absolutamente semejante a Cristo y a aquellos que son de Cristo (Ga 5,24). Porque la verdadera continencia, la verdadera virginidad en el Señor, es santa en el cuerpo y en el espíritu, ofreciendo un culto en el Espíritu (Rm 1,9) de Dios, sin distracción y con un compromiso constante; agradando al Señor con una

pureza inmaculada y preocupada siempre de cómo agradarle (1 Co 7,34 s.).

3. Quien obra así no se aparta de nuestro Señor, sino que está siempre en espíritu con su Señor, como está escrito: “Sean santos porque Yo soy santo, dice el Señor” (Lv 11,44; 1 P 1,16).

VIII. Vicios opuestos

1. No porque uno lleve simplemente nombre de santo, ya es santo, sino que debe serlo absolutamente en cuerpo y espíritu (1 Co 7,34); y los que son de verdad continentes y vírgenes, se gozan en todo tiempo de hacerse semejantes a Dios y a su Cristo y les imitan.

2. Es decir, en los tales no se da la imprudencia de la carne (Rm 8,5 s.); en aquellos que son verdaderamente fieles y en quienes habita el Espíritu de Cristo (Rm 8,9), no puede darse la imprudencia de la carne, que es la lujuria, la impureza, la disolución, la idolatría, la encantación, la enemistad, las querellas, los celos, la ira, los pleitos, las murmuraciones, las disensiones, la envidia, las muertes, la embriaguez, las orgías (Ga 5,20 s.); la bufonería, los propósitos insensatos (Ef 5,4), la risa, la calumnia, las burlas, las chismorrerías, la aspereza, la cólera, la gritería, la injuria, la blasfemia, las mentiras, la malignidad, la invención de crímenes (Rm 1,30); el embuste, la charlatanería, los discursos pérfidos, la chocarrería, las amenazas, la vulgaridad, las querellas violentas, la persecución, la pereza; 3. la arrogancia, la jactancia de linaje, hermosura, propiedades, opulencia y poder, elocuencia, el litigio, el odio, la irascibilidad, el resentimiento, la perfidia, la venganza, la gula, la avaricia, que es una idolatría (Col 3,5); la codicia, que es raíz de todos los males (1 Tm 6,10); la coquetería, la gloria vana, la ambición, la insolencia, la falta de pudor, las fanfarronadas que son una peste, el orgullo, al que Dios resiste (Jc 4,6; 1 P 5,5).

4. Quienquiera tiene estos vicios y semejantes es hombre carnal (1 Co 3,3; Jn 3,6) e hijo del adversario, “porque lo que de la carne nace, carne es” (Jn 3,6); “y el que es de la tierra, de la tierra habla” (Jn 3,31) y en la tierra piensa. Ahora bien, “el deseo de la carne es enemistad con Dios, puesto que no se somete a la ley de Dios, ni puede hacerlo” (Rm 8,7), por estar en la carne, en la que no habita el bien (Rm 7,18), porque el Espíritu de Dios no habita en una persona así (Rm 8,9).

5. Por eso con razón dice la Escritura contra una generación tal: “No habitará mi espíritu en los hombres para siempre puesto que son carne” (Gn 6,3). “Así, pues, todo aquel en quien no está el Espíritu de Cristo, no es suyo” (Rm 8,9); como está escrito: “Se apartó el Espíritu de

Dios de Saúl y le atormentó un espíritu malo, que fue enviado por Dios sobre él” (1 S 16,14).

IX. La belleza de la vida consagrada

1. Todo aquel en quien mora el Espíritu de Dios se somete a la voluntad del Espíritu de Dios (Ga 5,25); y porque siente con el Espíritu de Dios, mortifica las obras de la carne (Rm 8,13) y vive para Dios (cf. Rm 6,10), sometiendo su carne y reduciendo a servidumbre su cuerpo, para que predicando a los otros” (1 Co 9,27), sea un hermoso ejemplo y una imagen para los fieles y se ocupe en obras dignas del Espíritu Santo y no sea declarado réprobo (1 Co 9,27), sino aprobado delante de Dios y de los hombres.

2. Porque en el hombre de Dios, sobre todo entre el continente y la virgen, no hay pensamiento carnal, sino que todos son frutos saludables del Espíritu (Ga 5,22), en los que mora Dios y entre los que camina. Son verdaderamente ciudad de Dios y habitaciones y templos en que mora, habita y pasea Dios (2 Co 6,16) como en la santa ciudad celestial.

3. Por eso aparecen ante el mundo como luminarias, porque escuchan la palabra de la vida (Flp 2,15-16); y así son realmente alabanza y gloria, corona de alegría y gozo de los buenos siervos en nuestro Señor Jesucristo. 4. Porque todos los que les vieran, reconocerán que ustedes son una raza a la que bendijo el Señor (Is 61,9), que son verdaderamente una raza ilustre, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo que Dios se ha adquirido (1 P 2,9), herederos de las divinas promesas, que ni se corrompen ni se marchitan (1 P 1,4), de las que está escrito: “Lo que ojo no vio ni oído oyó, ni a corazón de hombre subió, lo que Dios preparó para los que le aman” (1 Co 2,9) y guardan sus mandamientos.

X. Abusos que dieron origen a la carta

1. Estamos persuadidos, hermanos, con respecto a ustedes, que se preocupan por aquellas cosas que se requieren para su vida. Pero si hablamos así de las cosas que hablamos, es por los malos rumores que circulan ahora acerca de ciertos hombres sin pudor, que, bajo capa de piedad (2 Tm 3,5), habitan con las vírgenes y se exponen así al peligro, o viajan solos con ellas por caminos desiertos; caminos llenos de peligros, de obstáculos, de trampas y fosas. Tal modo de vida es indecoroso en cristianos y hombres religiosos.

2. Otros, comen y beben en los banquetes con las vírgenes y mujeres consagradas a Dios, entre lasciva licencia y entre mucha torpeza; cosa que no debe hacerse entre creyentes y menos entre aquellos que eligieron para sí el estado virginal.

3. Otros se reúnen para pláticas vanas y necias, para reír y murmurar los unos de los otros y se lanzan palabras unos contra otros y son perezosos. “Con ellos no les permitimos ni tomar la comida” (1 Co 5,11).

4. Otros andan dando vueltas por las casas de los continentes y las vírgenes, con pretexto de visitarlos, o de leer las Escrituras, o de exorcizarlos, o enseñarles. Estando, como están, ociosos y sin hacer nada, preguntan lo que no debe preguntarse y con blandas palabras hacen negocio con el nombre de Cristo.

5. A los tales, manda evitar el divino Apóstol por la muchedumbre de sus crímenes, como está escrito: “Las espinas germinan en las manos de los ociosos” (Pr 26,9). Y: “Los caminos de los ociosos están llenos de espinas” (Pr 15,19).

XI. Peligros de los maestros dudosos

1. Porque todo el que es ocioso no trabaja ni sirve para nada. Así son todos aquellos que no se dedican a trabajo alguno, que por todo tienen curiosidad (2 Ts 3,11) y van a la caza de palabras y esto lo tienen por virtud y obra bien hecha.

2. Las obras de estos hombres son semejantes a aquellas viudas ociosas e indiscretas, que andan dando vueltas y vagando por las casas (1 Tm 5,13) con su charlatanería, a caza de pláticas ociosas, que llevan de casa en casa con mucha exageración y sin temor de Dios. Y sobre todo esto: con pretexto de enseñar, son diligentes para propalar discursos incoherentes.

3. ¡Ojalá enseñaran doctrinas verdaderas! Bienaventurados entonces ellos. Pero lo triste que en ello hay, es que no entienden lo que dicen ni lo que afirman (1 Tm 1,7). 4. Es decir, que quieren ser maestros y mostrarse hombres elocuentes, negociando iniquidad en el nombre de Cristo. Esto les sucede a muchos; pero es indecoroso que lo hagan los siervos de Dios. Ni atienden a lo que dice la Escritura: “No sean muchos entre ustedes los maestros, hermanos” (St 3,1), ni sean todos profetas. “El que no peca con sus palabras, es un hombre perfecto, pues puede domar y someter todo su cuerpo” (St 3,2).

5. “Si alguno habla, hable las palabras de Dios” (1 P 4,11). Y: “Si hay en ti inteligencia, responde a tu hermano; en otro caso, pon tu mano sobre la boca” (Si 5,14). Unas veces hay que callar, otras que hablar (Qo 3,7); Es bueno hablar en tiempo oportuno (Pr 25,11).

6. Dice la Escritura: “La palabra de ustedes siempre esté condimentada con sal” (Col 4,6). Porque todo discurso es trabajoso; y el que aumenta su ciencia acrecienta su dolor (Qo 1,18). Pues el que se precipita a hablar caerá en la desgracia (Pr 13,3; 17,20), porque por la

indisciplina de la lengua vienen las cóleras; pero el justo guarda su lengua puesto que ama su propia vida.

7. Los aduladores seducen el corazón de los sencillos (Rm 16,19) y con sus felicitaciones los extravían.

8. Temamos, pues, el juicio que amenaza a los maestros. En efecto, grave juicio han de sufrir (St 3,1) aquellos maestros que enseñan y no hacen (Mt 23,3; 1 Tm 6,20), enseñando una ciencia falsa, exaltándose a sí mismos, gloriándose por su inteligencia carnal (Col 2,18). Estos son ciegos, guías de ciegos y ambos caen en la fosa (Mt 15,14). Porque el hombre se conoce por el resultado de su palabra (Si 27,5).

9. Pero se condenarán, porque con su charlatanería y vana doctrina enseñan sabiduría animal (St 3,15) y una vana mentira (Col 2,8. 4), con palabras persuasivas de sabiduría humana (1 Co 2,4), obrando en esto según la voluntad del príncipe del poder del aire y del espíritu que actúa sobre los hijos de la incredulidad (Ef 2,2); según la enseñanza de este siglo y no según la doctrina de Cristo” (Col 2,8).

10. Sin embargo, si recibiste un carisma espiritual, una palabra de sabiduría o de ciencia (1 Co 12,4. 8. 28), o de enseñanza, o de profecía, o de ministerio, bendito sea Dios (2 Co 1,3; Ef 1,3; 1 P 1,3), que es soberanamente rico, Dios que a todos los hombres da sin reproche (St 1,5). Así pues, con aquel carisma que recibiste del Señor, sirve a los hermanos espirituales, a los profetas, a los que saben que tus palabras vienen de Dios (1 Co 14,37); habla conforme al carisma que recibiste en la asamblea de la Iglesia, para la edificación (1 Co 14,31) de tus hermanos en Cristo, con toda humildad y suavidad, habla de lo que es bueno y útil para los hombres.

XII. Visitas y exorcismos

1. Cosa hermosa y útil es también visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación (St 1,27), ante todo a los pobres que tienen muchos hijos y señaladamente a los hermanos en la fe (Ga 6,10). Estas obras son, sin controversia, el oficio de los siervos de Dios; cumplirlas es para ellos cosa buena y honorable.

2. Ciertamente, también conviene a los hermanos en Cristo y es cosa para ellos bella y útil, visitar a los que están atormentados por espíritus malos y pronunciar sobre ellos una oración agradable a Dios, con fe, pero no con palabras espléndidas o con exorcismos rebuscados, ostentosos, a fin de aparecer ante los hombres como elocuentes y de buena memoria.

3. Los tales son semejantes a una flauta que suena o a un tambor que resuena (cf. 1 Co 13,1), ellos hacen resonar, dirigidas a los energúmenos, charlatanerías y palabras vanas. Pronuncian palabras terroríficas, con las que espantan a los hombres, pero no obran allí con verdadera fe (cf. 2 Ts 2,13), según la doctrina del Señor que dijo: “Esta clase de demonios solo se expulsa con una oración continua y con la fe acompañada por el ayuno” (cf. Mc 9,29).

4. Así pues, oren santamente y pidan a Dios con fervor y con toda sobriedad y castidad, sin odio y sin malicia. De este modo hemos de visitar al enfermo con sobriedad, de la manera que conviene hacerlo: sin engaño, sin amor al dinero, sin alboroto, sin charlatanería, sin obrar de manera ajena a la piedad y sin soberbia, sino en el espíritu sencillo y humilde de Cristo (cf. Mt 11,29).

5. Exorcícenlos con ayuno y oración (cf. Mc 9,29; Mt 17,21), pero no con palabras elegantes y sabiamente compuestas y ordenadas, sino como hombres que recibieron de Dios el carisma de sanar (1 Co 12,28. 30): “Gratis lo han recibido, denlo gratuitamente” (Mt 10,8), confiadamente, para alabanza de Dios. Con sus ayunos y oraciones y continuas vigiliias y con sus demás buenas obras, mortifiquen las obras de la carne (Rm 8,13), por la fuerza del Espíritu Santo. Quien de esta manera obra, es templo del Espíritu Santo de Dios (1 Co 6,19; 3,16); que este arroje a los demonios y el Señor le ayudará. Porque cosa hermosa es ayudar a los enfermos. El Señor lo dejó mandado: “Expulsen a los demonios” y ordenó hacer otras muchas curaciones; y dijo: “Gratis lo han recibido, denlo gratuitamente” (Mt 10,8).

6. Gran galardón está reservado de parte de Dios a los que así obran, a los que sirven a sus hermanos por medio de los carismas que les fueron dados por el Señor. Esto, en efecto, es bello y provechoso para los siervos de Dios, porque obran conforme a los preceptos del Señor, que dijo: “Estaba enfermo y me visitaron” (Mt 25,36) y lo que sigue.

7. También es cosa bella, justa y recta, que por amor de Dios visitemos al prójimo con toda humanidad y honestidad, como dijo el Apóstol: “¿Quién está enfermo, que no enferme yo también? ¿Quién se escandaliza y no tropiezo yo también?” (2 Co 11,29). Todo lo cual está dicho del amor con que hemos de amarnos los unos a los otros.

8. Y en este punto, evitemos el escándalo y no hagamos cosa alguna por acepción de personas (cf. St 2,1; Rm 2,11), o para avergonzar a otro, sino amemos a los pobres como a siervos de Dios y a ellos visitemos antes que a nadie. Porque, a decir verdad, es cosa hermosa delante de Dios y de los hombres, que nos acordemos de los pobres y amemos a los hermanos y peregrinos por Dios y por aquellos que creen en Dios (cf. Ga 6,10), conforme aprendimos por la

Ley y los profetas de nuestro Señor Jesucristo, acerca del amor para con los hermanos (cf. 1 Ts 4,9) y peregrinos. Así estos deberes serán dulces y agradables para ustedes, puesto que todos ustedes han aprendido del mismo Dios a amarse los unos a los otros (1 Ts 4,9). Conocen, en efecto, las palabras que fueron dichas sobre el amor para con los hermanos y peregrinos (cf. Hb 13,1-2). Pues con autoridad han sido dichas esas palabras para todos aquellos que cumplen con sus deberes (cf. Mt 25,25-41).

XIII. El verdadero obrero de Cristo

1. ¡Oh hermanos, nuestros amados! También es para ustedes cosa manifiesta y conocida que hay que edificar y confirmar a los hermanos en la fe de un solo Dios. **2.** Juntamente, cosa bella es también que nadie envidie a su prójimo. **3.** Y otra vez cosa bella y noble es que cuantos realizan la obra de Dios (cf. 1 Co 16,10), en temor de Dios hagan la obra del Señor (cf. 1 Co 15,58); así es menester que se porten.

4. Pero a causa de que “la cosecha es mucha y los obreros pocos” (Mt 9,37), es cosa manifiesta que en nuestro tiempo hay hambre por escuchar la palabra del Señor (Am 8,11). Así pues, roguemos al dueño de la mies que mande obreros a su mies (Mt 9,38), obreros tales que proclamen rectamente la palabra de la verdad, obreros que no tengan de qué avergonzarse (2 Tm 2,15), obreros irreprochables, obreros fieles, que sean luz del mundo, obreros que trabajen no por la comida presente, que ha de perecer, sino por aquella que ha de durar para la vida eterna (Jn 6,27); obreros que, como los apóstoles, imiten al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, que trabajan por la salvación de los hombres.

5. Pero no obreros que sean mercenarios (cf. Jn 10,12 s.), o piadosos con vista un salario (1 Tm 6,5), no obreros que sirvan a su vientre; no obreros que con suaves y blandas palabras engañen los corazones de los sencillos (Rm 16,18); no obreros que simulan ser hijos de la luz, cuando en realidad no son luz, sino tinieblas (cf. Ef 5,8 s.), cuyo fin es la ruina (Flp 3,9); no obreros que obren la iniquidad, la maldad y el fraude; no obreros pérfidos (2 Co 11,13); no obreros ebrios (1 Tm 3,3; Tt 1,7) e infieles (cf. Mt 24,45-50); no obreros que tienen a Cristo por negocio y ganancia (1 P 5,2; Tt 1,11), ni embusteros, ni amantes del dinero, ni gestores de pleitos (1 Tm 3,3; Tt 1,7).

6. Miremos, pues, e imitemos, a los obreros fieles que se portaron bien en el Señor. Ejercemos nuestro ministerio y seamos agradables a Dios de un modo acorde con nuestro llamamiento y profesión; sirvamos a Dios y agradémosle en la santidad y la justicia (Lc 1,74 s.), con

una vida inmaculada, dedicándonos a las obras buenas y rectas delante de Dios y también delante de los hombres (Rm 12,17). En efecto, cosa hermosa es que en todas las cosas Dios sea glorificado entre nosotros (1 P 4,16). Amén.

CARTA SEGUNDA

I. Reglas que se imponen los ascetas compatriotas del autor

1. Quiero, hermanos, que sepan cuál es, en las regiones en que habitamos, nuestro género de vida en Cristo, que es también el de todos los hermanos; y si les agradare en el temor de Dios (cf. 2 Tm 3,12), también ustedes instituyan de ese modo su vida en el Señor.

2. Nosotros, con la ayuda de Dios, nos portamos de esta manera: no habitamos con las vírgenes, ni tenemos nada en común con ellas; con las vírgenes, ni comemos ni bebemos y donde duerme una virgen, no dormimos nosotros. No nos lavan los pies las mujeres, ni nos ungen con perfume y no dormimos jamás donde duerme una muchacha no casada o consagrada a Dios; y si en algún otro lugar se halla esta cristiana sola, no pernoctamos siquiera allí.

3. Si sucede que el tiempo nos sorprende en algún lugar, en el campo o en una ciudad o en un pueblo o en una villa o dondequiera, en fin, que estemos y en aquel lugar se encuentran hermanos, entonces entramos en casa de algún hermano y allí convocamos a todos los hermanos e intercambiamos con ellos pláticas confirmativas y exhortativas; y los que entre nosotros son elocuentes les dirigen palabras sobrias y severas, palabras llenas de gravedad, enérgicas y plenas de discreción en el temor de Dios y los exhortan a que obren en toda cosa según el beneplácito de Dios y a que progresen y adelanten en las buenas obras y que por ninguna cosa estén solícitos (Flp 4,6), como conviene y es justo al pueblo de Dios.

II. En casa del hermano asceta

1. Ahora bien, si sucede que mientras estamos aún lejos de nuestras casas y de nuestros parientes, cae el día y el tiempo de la tarde se nos echa encima y nos obligan los hermanos, por caridad fraterna y espíritu de hospitalidad, a permanecer entre ellos a fin de celebrar en su compañía vigilias y que oigan la palabra santa de Dios, que hagan la ofrenda y se alimenten de las palabras del Señor para acordarse de ellas y nos ofrecen pan y agua o lo que Dios hubiere preparado y si nosotros aceptamos la invitación y consentimos en pernoctar en su compañía; entonces, si hay en aquel lugar algún asceta, entramos en su casa y allí nos hospedamos.

2. Y aquel hermano debe prepararnos cuanto nos sea necesario y él nos sirve, nos lava los pies, nos unge con unguento, nos hace la cama, para que gocemos del sueño en la confianza de Dios. Todo esto debe hacer por sí mismo el hermano asceta del lugar en que nos hospedamos.

3. Asimismo, este hermano servirá —pero juntamente con él servirán también cada uno de

los hermanos que hay en aquel lugar— todo lo que a los hermanos fuere necesario. Pero entre nosotros no puede entonces estar allí mujer alguna, sea adolescente, sea casada, ni anciana ni consagrada a Dios, ni criada alguna, ya sea pagana o cristiana, sino solamente pueden estar varones con varones.

4. Ahora bien, si vemos que se nos requiere para que nos quedemos y oremos por causa de las mujeres y que dirijamos palabras de exhortación y edificación, convocamos a los hermanos y a todas las hermanas consagradas, vírgenes y a todas las mujeres que hay allí, para que con toda modestia y decoro se reúnan para gustar las delicias de la verdad. Entonces, los que de entre nosotros saben hablar, predicamos un sermón y les exhortamos con las palabras que Dios nos inspira.

5. Después de esto, hacemos oraciones y nos damos el ósculo de paz entre los hombres. Las mujeres, empero y las vírgenes deben envolver sus manos con sus mantos y allí también nosotros, modestamente y con todo recato, los ojos elevados (al cielo), recatadamente y con todo pudor envolveremos nuestra diestra en nuestros mantos; y entonces pueden acercarse las mujeres y darnos el ósculo de paz sobre nuestra mano derecha, envuelta en nuestros mantos. Tras esto, vamos allí donde Dios nos concediere ir.

III. Caso particular en que todos son casados en un lugar

1. Ahora bien, si venimos a parar a un lugar donde no hay ningún hermano consagrado a Dios, sino que todos están unidos por matrimonio, todos los que allí residen deben recibir al hermano que viene a ellos y servirle y tener cuidado de él en todo con empeño y pronta voluntad.

2. Así pues, aquel hermano debe ser servido, como conviene, por ellos; y el hermano debe, por su parte, decir a los casados que hay en aquel lugar: “Nosotros, que estamos consagrados a Dios, no comemos ni bebemos con mujeres, ni nos sirven mujeres o vírgenes, ni nos lavan los pies las mujeres, ni nos ungen ni nos hacen la cama mujeres, ni dormimos allí donde duermen mujeres, a fin de ser irreprochables en todas las cosas y que nadie tropiece o se escandalice por causa nuestra; y cuando todo esto hacemos, a nadie escandalizamos (1 Co 10,32; 2 Co 6,3). Como hombres, pues, que sabemos del temor del Señor, buscamos persuadir a los hombres; pero ante Dios estamos al descubierto (2 Co 5,11).

IV. Lugar en el que solo haya mujeres

1. Pero si sucede que venimos a dar en un lugar donde no hay varón cristiano alguno, sino que todas son mujeres y niñas cristianas y ellas nos compelen a pernoctar allá, nosotros las convocamos a todas en lugar conveniente y les preguntamos qué hacen y según lo que de ellas sabemos y la disposición de ánimo en que las vemos, tenemos decentemente plática con ellas, como hombres que temen a Dios.

2. Y cuando todas reunidas han llegado y vemos que están en paz, les dirigimos palabras exhortativas en el temor de Dios, les leemos la Escritura con pudor y con palabras piadosas, severas y llenas de gravedad, con bondad y seriedad. Todo lo hacemos para su edificación y confirmación. Y respecto a aquellas que están unidas por matrimonio, les hablamos en el Señor de la manera a ellas conveniente.

3. Ahora bien, cuando el día declina y atardece, escogemos para pernoctar la casa de una matrona que sobrepase a todas en edad avanzada y en gravedad de costumbres, a la que pedimos que nos prepare algún lugar retirado, donde no entre mujer ni muchacha joven alguna.

4. Y esta misma mujer anciana debe traernos una lámpara y ella es la que ha de servirnos todo aquello de tuviéramos necesidad. Por caridad hacia los hermanos, traiga todo lo que es necesario al uso de los hermanos huéspedes; es decir, una anciana que hubiere sido por mucho tiempo aprobada, por recomendación de numerosas personas, que haya educado a sus hijos, recibido a los peregrinos, lavado los pies de los santos (1 Tm 5,10). E incluso, llegado el momento de dormir, esta mujer debe retirarse e irse en paz a su casa.

V. Lugar en el que haya una sola mujer cristiana

1. Si llegamos a un lugar donde no hay sino una sola mujer cristiana y no se encuentre allí varón cristiano alguno, sino esta sola mujer, no nos paramos en aquel lugar, ni hacemos allí oraciones, ni leemos las Escrituras, sino que huimos de allí como a la vista de una serpiente o como a la vista de un pecado (cf. Si 21,2).

2. Y no hacemos esto porque despreciemos a aquella mujer cristiana —¡lejos de nosotros tener tales disposiciones para con hermanas nuestras en Cristo!—, sino que por estar sola, tenemos que alguien, con palabras mentirosas, trate quizá de poner sobre nosotros deshonras, pues los corazones de los hombres están vueltos y establecidos en el mal (cf. Gn 6,5).

3. Y para no dar ocasión a los que quisieran tomarla contra nosotros y hablar mal de nosotros y para no ser tropiezo para nadie, por eso cortamos toda ocasión a quienes quisieran tomar

ocasión contra nosotros (2 Co 11,12); por eso nos precavemos para no servir a nadie de tropezado, ni a Judíos ni a gentiles, ni a la Iglesia de Dios; no buscamos solo lo que a nosotros aprovecha, sino lo que es provechoso para muchos, a fin que se salven (1 Co 10,32s.; cf. 2 Co 6,3); porque nada nos ayuda que alguien se escandalice por causa nuestra.

4. Pongamos, pues, en todo tiempo, diligente cautela en no sacudir a nuestros hermanos y turbar su conciencia por haberles escandalizado (cf. 1 Co 8,12). Porque si por motivo de la comida, nuestro hermano se contrista o se ofende o flaquea o se escandaliza, “ya no andamos según el amor de Dios. Por causa de la comida, pierdes tú a aquel por quien murió Cristo” (Rm 14,15). “Mientras así pecan contra sus hermanos, hiriendo sus conciencias débiles, contra Cristo mismo pecan. Si por motivo de la comida se escandaliza mi hermano” —digamos nosotros fieles de Cristo—, “no comeremos carne jamás, para no escandalizar a nuestro hermano” (1 Co 8,12-13).

5. Así, efectivamente, se porta todo el que ama verdaderamente a Dios, todo el que verdaderamente lleva su cruz (Mt 16,14) y “se reviste de Cristo y ama a su prójimo” (Mt 16,14; Rm 13,14; Ga 3,27; Mt 5,43s.); el que se cuida de que nadie se escandalice y muera por verle asiduamente con muchachas jóvenes y que habita con ellas, cosa que no está permitida, para destrucción de quienes esto ven y oyen.

6. Esta manera de obrar mala es escandalosa, peligrosa y mortífera, cosa que no conviene a los cristianos. “Bienaventurado, empero, aquel que, por guardar la castidad, es en toda cosa cauto y temeroso” (Pr 28,14).

VI. Cómo debe comportarse el hombre religioso en lugares de gentiles

1. Pero si sucediere que vamos a un lugar donde no hay cristianos y nos es necesario permanecer allí por algunos días, “seamos sabios como las serpientes y sencillos como las palomas” (Mt 10,16); y no procedamos como necios, sino como sabios (Rm 12,2), con toda disciplina y piedad, para que Dios sea glorificado, por medio de nuestro Señor Jesucristo (1 P 4,11), gracias a nuestra disciplina piadosa y nuestra conducta sincera.

2. “Ya sea que comamos, ya que bebamos o hagamos otra cualquier cosa, hagámoslo para gloria de Dios” (1 Co 10,31). Para que “todos los que nos vieren, reconozcan que somos estirpe bendecida y santa, e hijos del Dios viviente” (Is 61,9; Os 1,01; Rm 9,26; cf. Flp 2,15), en toda palabra nuestra, en el pudor, en la bondad, en la conducta, en la vigilancia. Como quiera que ni hemos de imitar en cosa alguna a los gentiles; ni como creyentes seamos semejantes a los

hijos de los hombres, sino en toda cosa ajenos a los impíos.

3. “No arrojemos lo santo a los perros, ni las perlas a los cerdos” (Mt 7,6), sino que celebremos las alabanzas de Dios con perfecta disciplina, con toda prudencia, con perfecto temor de Dios y atención espiritual. El culto sagrado no lo ejercemos allí donde se embriagan los gentiles y, en su impiedad, con palabras impuras blasfeman en sus banquetes. De ahí que no cantamos salmos a los gentiles ni les leemos las Escrituras, para no ser semejantes a los flautistas o a los cantores o a los bufones, como muchos que así obran y practican estas cosas para hartarse con un bocado de pan y por un poco de vino van a “cantar los cánticos del Señor en tierra extranjera” (Sal 136,4) de gentiles y hacen lo que no es lícito.

4. Ustedes, hermanos, no lo obren de esa manera; les rogamos, hermanos, que no se hagan estas cosas entre ustedes, sino depongan a aquellos que así quieren portarse torpe y abyectamente. No conviene, hermanos, que se hagan estas cosas así. Les rogamos, hermanos de nuestra justicia, que obren como nosotros lo hacemos, es decir, para ejemplo santo de los que ya han creído, como de los que en adelante han de creer.

5. Seamos del rebaño de Cristo, adornados por una justicia perfecta, de costumbres santísimas e integrísimas, portándonos con rectitud y santidad, cual conviene a los creyentes y siguiendo aquellas cosas que son laudables, castas y venerables, lo que es virtuoso, digno de alabanza y de honra (Flp 4,8); y cuanto es de utilidad, a lo que es ya costumbre, eríjanlo en norma de vida. Porque ustedes son nuestro gozo y nuestra corona, nuestra esperanza y nuestra vida, si están firmes en el Señor (Flp 4,1). Sean verdaderamente fieles y rectos en toda circunstancia en el Señor. Amén.

VII. Ejemplos bíblicos

1. Consideremos ahora, hermanos y veamos cómo se hayan portado todos los padres justos durante todo el tiempo de su peregrinación; investiguemos e inquirámoslo desde la Ley al Nuevo Testamento.

2. Hermoso es también y útil, que sepamos cuántos y cuáles varones hayan perecido por causa de las mujeres, e igualmente cuántas y cuáles mujeres hayan perecido por los varones, a causa de la asiduidad de trato mutuo de que usaron.

3. Ahora, pues, indicaré cuántos varones valiosos moraron con varones todo el tiempo de su vida y perseveraron hasta el fin juntos, en una conducta casta de modo irreprochable.

VIII. Ejemplo de José

1. Que esto es así, cosa es manifiesta y notoria. Por lo que a José se refiere, varón que fue fiel, prudente, sabio, justo, siempre lleno de un profundo temor (de Dios), ¿no fue así que una mujer deseó libidinosamente la hermosura del que era muy venerable? Y como él se negara a satisfacer el deseo de aquella mujer, esta, con falso testimonio, arrojó al varón piadoso a suma aflicción y miseria y hasta a peligro de su vida (Gn 39,6-21). Dios, empero, le libró de todos los males que le sobrevinieron por aquella desgraciada mujer (Gn 41,39-45).

2. Ya ven cuántas calamidades acarreó a este varón justo la continua frecuentación física de la mujer egipcia. Así pues, abstengámonos del trato con las mujeres o adolescentes. Porque esto en modo alguno aprovecha a aquellos que verdaderamente quieren ceñir sus lomos (Lc 12,35; Ef 6,14; etc.). Conviene que amemos a las hermanas con toda castidad y pudor y con continencia espiritual, en el temor de Dios, no permaneciendo largo tiempo con ellas, ni entrando en todo momento adonde ellas (habitan).

IX. Ejemplo de Sansón

¿No has oído de Sansón Nazireo, de aquel hombre vigoroso, con quien estuvo el espíritu de Dios, (Jc 13,25)? Ahora bien, a aquel varón que era Nazireo y consagrado a Dios, fuerte y robusto, le perdió una mujer (Jc 16,4-21), con su cuerpo desgraciado y su deseo ilícito. ¿Es que acaso eres tú tal como aquél? Conócete a ti mismo y conoce tu medida. “La mujer casada anda a la caza de almas preciosas” (Pr 6,26). Por eso, a nadie absolutamente permitimos que more en casa de una mujer y mucho menos que nadie cohabite con una virgen consagrada a Dios, o duerma donde ella duerme, o la trate asiduamente. Porque esto es cosa que han de rechazar y detestar los que temen a Dios.

X. Ejemplo de David

1. ¿Acaso no te instruye lo que le aconteció a David, a quien Dios halló varón conforme a su corazón (Hch 13,22; cf. 1 S 13,14; Sal 88,21), hombre fiel, perfecto, santo, firme? En qué males no cayó al mirar detenidamente la belleza de cierta mujer, digo, de Betsabé. El santo vio a esta mujer cuando se bañaba y realmente quedó preso del deseo de su belleza.

2. Adviertan ahora cuán grandes males no hizo David por causa de aquella mujer (2 S 11,2-5). No solo pecó contra Dios, cometiendo adulterio, sino que dio orden de que se diera muerte a su marido (2 S 11,14-18). Ya ven cuántos malos engaños tramó y llevó a cabo y por el deseo

de esta mujer cometió un homicidio David, que fue llamado “el ungido del Señor” (2 S 19,21; Sal 18,51).

3. Considerémonos advertidos para no desear. Porque si tales y tan grandes varones fueron cautivados por las mujeres, nosotros que quedamos sin fuerzas después de su caída y caminamos entre trampas (Si 9,13), ¿cómo podremos escapar? ¿Cuál es tu fuerza o quién eres tú entre los santos, para que día y noche trates con las mujeres o las adolescentes, entre muchos juegos y sin temor de Dios?

4. No obremos así, hermanos, no obremos así, según la caída de ellos, sino acordémonos de aquella expresión acerca de la mujer, en que fue dicho: “Las manos de ella tienden trampas y su corazón despliega redes; el justo escapará de ella, pero el impío caerá en sus manos” (Qo 7,27). Así pues, nosotros, que estamos consagrados, evitemos cohabitar con mujeres consagradas a Dios. Porque este modo de obrar ni es decoroso ni conviene a los servidores de Dios.

XI. Ejemplo de Ammón y Tamar

1. ¿No has leído la historia de Ammón y Tamar, los hijos de David (2 S 13,1-14)? Ammón deseaba a su hermana y la violó y no la respetó, por haberla deseado con un deseo vergonzoso. Y se hizo malvado y criminal por el asiduo trato con ella, que no era conforme con el temor de Dios y obró una infamia en Israel (Gn 34,7; 2 S 13,12).

2. Por lo cual no nos conviene ni es cosa decente conversar con las hermanas entre risas y bromas, sino con todo pudor, castidad y en el temor de Dios.

XII. Salomón

¿No has leído la historia de Salomón, hijo de David, a quien Dios había dado sabiduría, prudencia y amplitud de espíritu (1 R 5,9) y riquezas y gloria” (1 R 3,13) mayores que a ningún otro de entre los hombres? Pues bien, también este por las mujeres se perdió y se apartó del Señor (cf. 1 R 11,1-10).

XIII. Ejemplo de Susana

1. ¿No has leído y aprendido de aquellos viejos que eran jueces, en los días de Susana (Dn 13)? Por ser asiduos en el trato de mujeres se detenían a mirar la ajena hermosura (Si 9,8) y cayeron en el abismo de la concupiscencia y no pudieron mantenerse en la castidad, arrojándose con perversa intención sobre la bienaventurada Susana para violarla. Pero ella en modo alguno

cedió a su torpe deseo, sino que invocó a Dios y Dios la libró de las manos de aquellos viejos inicuos.

2. ¿No debemos, pues, conmovernos y temer ante el hecho de que aquellos viejos, jueces y ancianos del pueblo de Dios, cayeron de su honor por causa de una mujer? Es decir, no se acordaron de lo que está dicho: “No te pares a mirar la hermosura ajena” (Si 9,8s.); o de aquello: “La belleza de la mujer perdió a muchos”; o esto otro: “Con mujer casada no te sientes” (Si 9,8-9); o todavía de aquello: “¿Acaso hay alguien que ponga fuego en su seno y no se queme los vestidos?” (Pr 6,27); o de esto: “¿Acaso camina alguien sobre el fuego y no se le queman los pies? Así, nadie que entre (en casa) de una mujer casada estará libre de culpa y nadie que a ella se acerque escapará” (Pr 6,28s.).

3. Y otra vez dice la Escritura: “No desees la belleza de la mujer, para que no te cautive con sus párpados” (Pr 6,25); y en otra parte: “A la jovencita no la mires detenidamente, para no perecer por deseo de ella; y no seas asiduo con la mujer que canta hermosamente” (Si 9,4s.). Y: “El que piensa que está firme, tenga cuidado de no caer” (1 Co 10,12).

XIV. Ejemplo de los profetas

1. Mira ahora lo que han dicho las Escrituras acerca de los profetas, aquellos santísimos varones y de los apóstoles del Señor. Veamos si alguno de ellos fue asiduo con las adolescentes o con las casadas jóvenes o con aquellas viudas que reprueba el Apóstol divino (1 Tm 5,11). Consideremos en el temor de Dios el tenor de vida de aquellos hombres santos.

2. He aquí que, de Moisés y Aarón, hallamos escrito, que obraban y vivían con varones que seguían la misma manera de vida que ellos. Y así también de Josué, hijo de Nun (Ex 33,11). No había con ellos mujer alguna, sino que solos, varones con varones, desempeñaban santamente su ministerio delante de Dios.

3. Y no fue solo esto, sino que enseñaron al pueblo que, cuantas veces se moviera el campamento, cada tribu marchara aparte y las mujeres separadas con las mujeres y que estas marcharan en el extremo del ejército y los varones aparte también con los varones, según sus tribus (Nm 2,34). Y conforme al mandato de Dios, así marchaban como pueblo sabio, a fin de que no se produjera perturbación alguna por causa de las mujeres cada vez que se movía el campamento. Bella y ordenadamente dispuesto hacían su camino, sin escándalo.

4. He aquí que la Escritura sagrada da testimonio de mis palabras: después que los israelitas pasaron el mar Suph, cantaron Moisés y los hijos de Israel alabanzas al Señor en el desierto y

dijeron: “¡Alabemos al Señor, porque en gran manera es digno de ser alabado!” (Ex 15,1). Y después que Moisés cesó de cantar, entonces María, hermana de Moisés y Aarón, tomó el tamboril en sus manos y salieron todas las mujeres tras ella (Ex 15,20) y con ella cantaron, mujeres con mujeres aparte, así como hombres con hombres aparte.

5. Además, hallamos igualmente, que Eliseo y Giezi y los hijos de los profetas habitaron juntos en el temor de Dios y no tuvieron mujeres que cohabitaran con ellos. Miqueas y todos los profetas, hallamos igualmente, que habitaron juntos en el temor de Dios.

XV. Ejemplo de nuestro Señor Jesucristo

1. Y para no alargar demasiado nuestro discurso, ¿qué diremos de nuestro Señor Jesucristo? El Señor mismo tuvo trato asiduo con sus doce apóstoles después que vino al mundo. Y no hizo solo esto, sino que cuando los enviaba a predicar, los mandaba de dos en dos (Mc 6,7), varones con varones; las mujeres, empero, no fueron enviadas con ellos y ni en el camino ni en casa moraban con mujeres o con adolescentes y de este modo agradaron en todo momento a Dios.

2. Cuando el mismo Señor Jesucristo estaba hablando aparte con la Samaritana, junto al pozo, vinieron sus discípulos y le hallaron conversando con ella y se admiraron de que Jesús estuviera y hablase con una mujer (Jn 4,27). ¿Acaso no es Él mismo la regla que no puede abolirse y modelo para todo el género humano?

3. Y no es solo esto, sino que aun después que nuestro Señor hubo resucitado de entre los muertos y vino María al sepulcro, al punto se arrojó a los pies del Señor y le adoró y quería retenerle (Mt 28,9s.; Jn 20,11-16). Pero Él le dijo: “No me toques, pues todavía no he subido a mi Padre” (Jn 20,17). ¿No es cosa admirable en el Señor que, a María, mujer piadosísima, no le consintiera que le tocara los pies?

4. Sin embargo, tú, en cambio, habitas con mujeres, te haces servir de mujeres y de muchachas jóvenes, duermes donde duermen ellas, te lavan los pies y te ungen con perfume. ¡Ay de este indecoroso proyecto (de vida)! ¡Ay de la decisión imprudente! ¿Tú no te juzgas a ti mismo? ¿Tú, a ti mismo, no te examinas? ¿Tú te desconoces a ti mismo y la medida de tus fuerzas?

5. Estas cosas son seguras; estas, verdaderas y rectas; estos son límites que no traspasan (Pr 22,28) los que se comportan rectamente en el Señor. Ciertamente, muchas santas mujeres sirvieron con sus bienes a los santos, como aquella Sulamita que sirvió a Eliseo (2 R 4); pero esta no habitaba con él, sino que el profeta habitaba aparte en la casa. Como hubiera muerto el hijo de

esta, quería la mujer arrojarse a los pies del profeta, pero su criado no le permitió hacerlo, sino que la apartó. Pero Eliseo dijo a su servidor: “Déjala, pues su alma está llena de amargura” (2 R 4,27). De ahí, pues, debemos entender la manera de vida de aquellos santos varones.

6. A nuestro Señor Jesucristo, las mujeres le servían con sus bienes (Lc 8,3), pero no habitaban con Él. También a los apóstoles y a Pablo hallamos que les servían mujeres (1 Co 9,5s.), pero ellos no habitaban con ellas, sino que se portaron delante de Dios pudorosa y castamente, sin mancha y consumaron su carrera y recibieron su corona de manos de Dios todopoderoso (2 Tm 4,7-8).

XVI. Conclusión

1. Siendo esto así, les pedimos, hermanos en el Señor, que estas disposiciones se observen entre ustedes como entre nosotros, para que tengamos los mismos sentimientos (2 Co 13,11; Flp 2,3; 3,16; etc.); de modo que seamos nosotros uno en ustedes y que ustedes sean uno en nosotros (Jn 17,22s.) y que en todo seamos todos una sola alma y un solo corazón en el Señor (Hch 4,32).

2. Todo el que conoce al Señor nos escucha; pero el que no es de Dios, no nos escucha (Jn 8,47). Aquel que de verdad quiere guardar la castidad, nos escucha; y la virgen que de verdad quiere guardar la virginidad, nos escucha; pero la que no guarda de verdad la castidad, no nos escucha.

3. Por lo demás, pórtense bien en el Señor y alégrese en el Señor (Flp 4,4) todos los santos. Paz y gozo sea con ustedes de parte de Dios Padre por Jesucristo nuestro Señor. Amén (Rm 1,7).

Fin de la carta segunda de Clemente, discípulo de Pedro.

Sus oraciones nos ayuden. Amén.

0-0-0-0-0-0

Fuente
Padres Apostólicos y Apologistas Griegos (S. II).
Madrid, Editorial BAC, 2002, pp. 215 ss.
En <http://www.abadialostoldos.org/patristica/obras-de-los-padres-de-la-iglesia-1>

Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora